

Las aventuras
de
Pinocho

Carlo Collodi

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escribanos y atenderemos su petición gustosamente.

Autor: Carlo Collodi
Traducción: Rafael Calleja Gutiérrez
Ilustraciones: Charles Copeland

© De la presente edición:
Editorial Creación
Jaime Marquet, 9
28200 - San Lorenzo de El Escorial
(Madrid)
Tel.: 91 890 47 33
E-mail: oficina@editorialcreacion.com
www.editorialcreacion.com

Diseño de portada: Mejiel

Primera edición: Diciembre de 2008

ISBN: 978-84-95919-38-0

Depósito Legal: M. 49.203-2008

Printed in Spain

Impreso en España por Lavel Industria Gráfica

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	9
<i>De cómo el maese Cereza encontró un trozo de madera que lloraba y reía como un niño.</i>	
CAPÍTULO 2	13
<i>Maese Cereza regala el pedazo de tronco a su amigo Gepeto, el cual lo acepta para construir un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales.</i>	
CAPÍTULO 3	17
<i>De vuelta maese Gepeto en su casa, comienza sin dilación a hacer el muñeco, y le pone por nombre Pinocho. Primeras monerías del muñeco.</i>	
CAPÍTULO 4	23
<i>De lo que sucedió a Pinocho con el grillo-parlante, en lo cual se ve que los niños malos no se dejan guiar por quien sabe más que ellos.</i>	
CAPÍTULO 5	26
<i>Pinocho tiene hambre, y buscando, buscando, encontró un huevo con el cual pensó hacer una tortilla; pero cuando menos los pensaba se encontró con que la tortilla salió volando por la ventana.</i>	
CAPÍTULO 6	29
<i>Pinocho se duerme junto al brasero, y al despertarse a la mañana siguiente se encuentra con los pies carbonizados.</i>	
CAPÍTULO 7	31
<i>Gepeto vuelve a su casa, y le da al muñeco el desayuno que el buen hombre tenía para sí.</i>	
CAPÍTULO 8	35
<i>Gepeto arregla los pies a Pinocho, y vende su chaqueta para comprarle una cartilla.</i>	
CAPÍTULO 9	39
<i>Pinocho vende su cartilla para ver una función en el teatro de muñecos.</i>	
CAPÍTULO 10	43
<i>Los muñecos del teatro reconocen a su hermano Pinocho y le reciben con las mayores demostraciones de alegría; pero en lo mejor de la fiesta aparece el amo de los muñecos, Tragalumbre, y Pinocho corre peligro de terminar sus aventuras de mala manera.</i>	

CAPÍTULO 11	47
<i>Tragalumbre estornuda y perdona a Pinocho, el cual, después salva la vida de su amigo Arlequín.</i>	
CAPÍTULO 12	51
<i>Tragalumbre regala a Pinocho cinco monedas de oro para que se las lleve a su padre Gepeto; pero Pinocho se deja engañar por la zorra y el gato y se marcha con ellos.</i>	
CAPÍTULO 13	57
<i>La posada de El Cangrejo Rojo.</i>	
CAPÍTULO 14	62
<i>Por no haber hecho caso a los consejos del grillo-parlante, se encuentra Pinocho con unos ladrones.</i>	
CAPÍTULO 15	67
<i>Los ladrones continúan persiguiendo a Pinocho y cuando al fin consiguen darle alcance, le cuelgan de la Encina grande.</i>	
CAPÍTULO 16	71
<i>La hermosa niña de los cabellos azules hace recoger el muñeco; lo mete en la cama, y manda llamar a tres médicos para saber si está vivo o muerto.</i>	
CAPÍTULO 17	76
<i>Pinocho se come el azúcar sin querer purgarse; pero al ver que llegan los enterradores para llevárselo, bebe toda la purga. Después le crece la nariz por decir mentiras.</i>	
CAPÍTULO 18	82
<i>Pinocho vuelve a encontrarse con la zorra y el gato, y se va con ellos a sembrar sus cuatro monedas en el Campo de los Milagros.</i>	
CAPÍTULO 19	88
<i>Roban a pinocho sus monedas de oro, y además le tienen cuatro meses en la cárcel.</i>	
CAPÍTULO 20	93
<i>Libre ya de la prisión, trata de volver a la casa del Hada; pero encuentra en el camino una terrible serpiente y después queda preso en un cepo.</i>	
CAPÍTULO 21	97
<i>Cae Pinocho en poder de un labrador que le obliga a servir de perro para custodiar un gallinero.</i>	
CAPÍTULO 22	100
<i>Pinocho descubre a los ladrones, y en recompensa de su fidelidad queda libre.</i>	
CAPÍTULO 23	104
<i>Pinocho llora la muerte de la hermosa niña de los cabellos azules; después encuentra una paloma que los lleva a la orilla del mar, y ahí se arroja al agua para ir a salvar a su papá.</i>	

CAPÍTULO 24.....	111
<i>Arriba Pinocho a la «Isla de las Abejas industriales» y encuentra al Hada.</i>	
CAPÍTULO 25.....	118
<i>Pinocho promete al Hada ser bueno y estudiar.</i>	
CAPÍTULO 26.....	121
<i>Pinocho va con sus compañeros de escuela a la orilla del mar para ver al terrible dragón.</i>	
CAPÍTULO 27.....	125
<i>Gran pelea entre Pinocho y sus compañeros. Uno de estos cae herido, y Pinocho es preso por la guardia civil.</i>	
CAPÍTULO 28.....	133
<i>Pinocho corre peligro de ser frito en una sartén como un pez.</i>	
CAPÍTULO 29.....	139
<i>Vuelve Pinocho a casa del Hada. Gran merienda de café con leche para solemnizar el éxito de Pinocho en sus exámenes.</i>	
CAPÍTULO 30.....	148
<i>Pinocho, se escapa con su amigo Espárrago al país de los juguetes.</i>	
CAPÍTULO 31.....	154
<i>Después de cinco meses de vagancia nota Pinocho con gran asombro que le ha salido un magnífico par de orejas de asno, y acaba por convertirse en un borriquito, con cola y todo.</i>	
CAPÍTULO 32.....	162
<i>Le nacen a Pinocho orejas de burro, después se convierte en verdadero pollino y empieza a rebuznar.</i>	
CAPÍTULO 33.....	169
<i>Convertido Pinocho en un pollino verdadero, es llevado al mercado de animales y comprado por el director de una compañía de titiriteros para enseñarle a bailar y a saltar por el aro.</i>	
CAPÍTULO 34.....	180
<i>Pinocho es arrojado al mar y devorado por los peces. Vuelve a su primitivo estado de muñeco; pero mientras nada para salvarse, se lo traga el terrible dragón marino.</i>	
CAPÍTULO 35.....	189
<i>Pinocho encuentra en el cuerpo del dragón... ¿A quién encuentra? Leed este capítulo y lo sabréis.</i>	
CAPÍTULO 36.....	196
<i>Por fin Pinocho deja de ser un muñeco y se transforma en un muchacho.</i>	



CAPÍTULO I

De cómo el carpintero maese Cereza encontró un trozo de madera que lloraba y reía como un niño.

—Pues, señor, éste era...

—¡Un rey! —dirán en seguida mis pequeños lectores.

—Pues no, muchachos nada de eso.

Este era un pedazo de madera.

Pero no un pedazo de madera de lujo, sino sencillamente un leño de esos con que en el invierno se encienden las estufas y chimeneas para calentar las habitaciones.

Pues, señor, es el caso que, Dios sabe cómo, el leño de mi cuento fue a parar cierto día al taller de un viejo carpintero, cuyo nombre era maese Antonio, pero al cual llamaba todo el mundo maese Cereza, porque la punta de su nariz, siempre colorada y reluciente, parecía una cereza madura. Cuando maese Cereza vio aquel leño, se puso más contento que unas Pascuas. Tanto, que comenzó a frotarse las manos, mientras decía para su capote:

—¡Hombre! ¡Llegas a tiempo! ¡Voy a hacer de ti la pata de una mesa!

Dicho y hecho; cogió el hacha para comenzar a quitarle la corteza y desbastarlo. Pero cuando iba a dar el primer hachazo, se quedó con el brazo levantado en el aire, porque oyó una vocecita muy fina, muy fina, que decía con acento suplicante:

—¡No! ¡No me des tan fuerte!

¡Figuraos cómo se quedaría el bueno de maese Cereza!

Sus ojos asustados recorrieron la estancia para ver de dónde podía salir aquella vocecita, y no vio a nadie. Miró debajo del banco, y nadie; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nadie; en el cesto de las astillas y de las virutas, y nadie; abrió la puerta del taller, salió a la calle, y nadie tampoco. ¿Qué era aquello?

—Ya comprendo —dijo entonces sonriendo y rascándose la peluca—. Está visto que esa vocecita ha sido una ilusión mía. ¡Reanudemos la tarea!

Y tomando de nuevo el hacha, pegó un formidable hachazo en el leño

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —dijo quejándose la misma vocecita.

Esta vez se quedó maese Cereza como si fuera de piedra, con los ojos espantados, la boca abierta y la lengua fuera, colgando hasta la barba como uno de esos mascarones tan feos y tan graciosos por cuya boca sale el caño de una fuente.

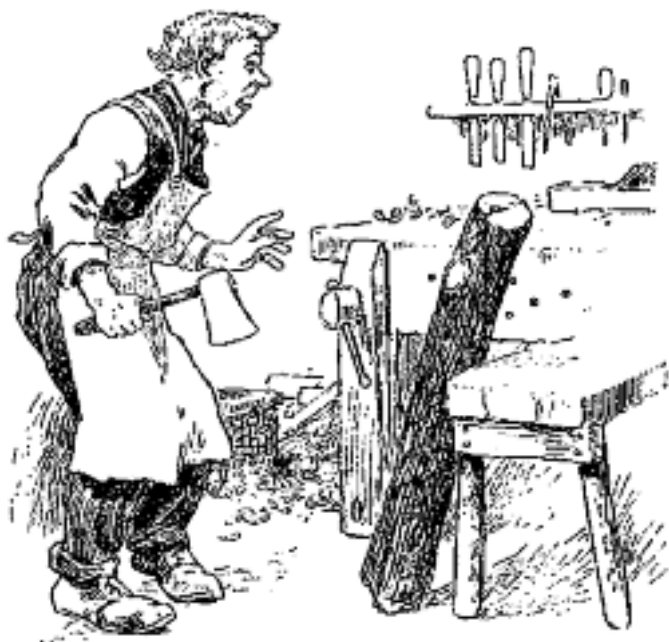
Se quedó hasta sin voz. Cuando pudo hablar, comenzó a decir temblando de miedo y balbuceando:

—Pero, ¿de dónde sale esa vocecita que ha dicho ¡ay!?! ¡Si aquí no hay un alma! ¿Será que este leño habrá aprendido a llorar y a quejarse como un niño? ¡Yo no puedo

creerlo... Este leño... Aquí está: es un leño de chimenea como todos los leños de chimenea: bueno para echarlo al fuego y guisar un puchero de habichuelas! ¡Zambomba! ¿Se habrá escondido alguien dentro de él? ¡Ah! Pues si alguno se ha escondido dentro, peor para él. Ahora le voy a arreglar yo.

Y diciendo esto agarró el pobre leño con las dos manos, y empezó a golpearlo sin piedad contra las paredes del taller.

Después se puso a escuchar si se queja alguna vocecita. Esperó dos minutos y nada; cinco minutos, y nada: diez minutos, y nada.



—Ya comprendo —dijo entonces tratando de sonreír y arreglándose la peluca—. Está visto que esa vocecita que ha dicho ¡ay! ha sido una ilusión mía ¡Reanudemos la tarea!

Y como tenía tanto miedo, se puso a canturrear para cobrar ánimos

Entre tanto dejó el hacha y tomó el cepillo para cepillar y pulir el leño. Pero cuando lo estaba cepillando por un lado y por otro, oyó la misma vocecita que le decía riendo:

—¡Pero hombre! ¡Que me estás haciendo unas cosquillas terribles!

Esta vez maese Cereza se desmayó del susto. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

¡Qué cara de bobo se le había puesto! La punta de la nariz ya no estaba colorada; del susto se le había puesto azul.



CAPÍTULO II

Maese Cereza regala el pedazo de tronco a su amigo Gepeto, el cual lo acepta para construir un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —contestó el carpintero con voz débil, asustado y sin fuerzas para ponerse en pie.

Entonces entró en la tienda un viejecillo muy vivo, que se llamaba maese Gepeto; pero los chiquillos de la vecindad, para hacerle rabiar, le llamaban maese Fideos, porque su peluca amarilla parecía que estaba hecha con fideos finos. Gepeto tenía un genio de todos los diablos, y además le daba muchísima rabia que le llamasen maese Fideos. ¡Pobre del que se lo dijera!

—Buenos días, maese Antonio —dijo al entrar—. ¿Qué hace usted en el suelo?

—¡Ya ve usted! ¡Estoy enseñando Aritmética a las hormigas!

—¡Es una idea feliz!

—¿Qué le trae por aquí, compadre Gepeto?

—¡Las piernas! Sabrá usted, maese Antonio, que he venido para pedirle un favor.

—Pues aquí me tiene dispuesto a servirle —replicó el carpintero.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea.

—Veamos cuál es.

—He pensado hacer un magnífico muñeco de madera; pero ha de ser un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales. Con este muñeco me dedicaré a correr por el mundo para ganarme un pedazo de pan y... un traguillo de vino.

—¡Eh! ¿Qué le parece?

—¡Bravo, maese Fideos! —gritó aquella vocecita que no se sabía de dónde salía.

Al oírse llamar maese Fideos, el compadre Gepeto se puso rojo como una guindilla, y volviéndose hacia el carpintero, le dijo encolerizado:

—¿Por qué me insulta usted?

—¿Quién le insulta?

—¡Me ha llamado usted Fideos!

—¡Yo no he sido!

—¡Si le parece, pondremos que he sido yo! ¡Digo y repito que ha sido usted!

—¡No!

—¡Sí!

Y furiosos los dos, pasaron de las palabras a los hechos, y agarrándose con furia se arañaron, se mordieron, se tiraron del pelo... Se pusieron hechos una lástima.

Cuando terminó la batalla, maese Antonio se encontró con la peluca amarilla de Gepeto en las manos, y Gepeto tenía en la boca la peluca gris del carpintero.

—¡Dame mi peluca! —gritó maese Antonio.

—¡Dame tú la mía, y hagamos las paces!

Los dos viejecillos se entregaron las pelucas y se dieron las manos, prometiendo solemnemente ser buenos amigos toda la vida.

—Conque vamos a ver qué favor es el que tiene que pedirme, compadre Gepeto —dijo el maestro carpintero como muestra de que la paz estaba consolidada.

—Quisiera un poco de madera para hacer ese muñeco de que le he hablado. ¿Puede usted dármele?

Maese Antonio, contentísimo, se apresuró a coger aquel leño que le había hecho pasar tan mal rato. Pero, cuando iba a entregárselo a su amigo dio el leño una fuerte sacudida y se le escapó de las manos, yendo a dar un palo tremendo en las esmirriadas pantorrillas del compadre Gepeto.

—¡Ay! ¿Tan amablemente regala usted las cosas, maese Antonio? ¡Por poco me deja usted cojo!

—¡Pero si no he sido yo!

—¡Y dale! ¡Habré sido yo entonces!

—¡No, si la culpa la tiene este demonio de leño!

—Ya lo sé que ha sido el leño; pero, ¿quién me lo ha tirado a las piernas, sino usted?

—Le digo a usted que yo no lo he tirado.

—¡Embustero!

—¡Gepeto, no me insulte usted, o le llamo Fideos!

—¡Borríco!

—¡Fideos!

—¡Hipopótamo!

—¡Fideos!

—¡Orangután!

—¡Fideos!

Al oírse llamar fideos por tercera vez perdió Gepeto los estribos, se arrojó sobre el carpintero, y de nuevo se obsequiaron con una colección de coscorrones, pellizcos y arañazos.

Al terminar la batalla maese Antonio se encontró con dos arañazos más en la nariz, y Gepeto con dos botones menos en el chaleco. Arregladas así sus cuentas, se estrecharon las manos y otra vez se ofrecieron indestructible amistad para toda la vida.

Hecho lo cual, Gepeto tomó bajo el brazo el famoso leño, y dando las gracias a maese Antonio, se marchó cojeando a su casa.